

EL SIMBOLISMO EN EL LENGUAJE

LA bella expresión del pensamiento de Walt Whitman "no hay nada más espiritual que las palabras", encierra brevemente todo lo cierto y emocionante de un asunto tan extenso, profundo e interesante como el lenguaje hablado. Cautiva también el fondo de la cuestión que enuncia, presentando a la visión especulativa el dilatado panorama del pensamiento con sus múltiples y fugaces variaciones conceptuales.

Consideremos que el hombre es la palabra. Este aserto bastaría para que el individuo quedase situado definitivamente en un plano de superioridad tal, que sólo por el poder de los vocablos se hubiese adueñado de un pedestal insuperable, cuyo único sostén sería la magia de su verbo. Y es así, en esa altura de su potencia por la facultad de la expresión, que centellea vigorosamente en todas las formas de su pensamiento, ya sea en la concreción de la Ciencia o el Arte, porque en cualquiera de sus actividades anímicas, sólo pudo la gloria de su pensamiento, como una aurora que desgarrar las sombras, ser luz y eco en la actitud de la obra escultural, en la armonía maravillosa de la música, en el colorido vívido y expresivo del pincel o en las vertiginosas y audaces creaciones científicas de estos días, donde sin necesidad de voz, clamorea la bella gama de las imponderables y diversas formas de la mente en la eclosión del lenguaje. El germen de toda esa grandeza es su caudal hondo y maravilloso de subjetivismo poliforme, que, como una ener-

gía creadora, lo convierte en mago que con sus palabras da la fórmula, retorta donde bullen y viven todas las excelencias de la vida.

Nada es comparable a los aspectos evocadores de las palabras, que revelan la riqueza poética de las lenguas. Símbolos insustituibles desde las épocas pretéritas, han sido y son el manantial proveedor de toda maravilla.

El célebre lingüista South dijo: "Hay tal fascinación y magia en las palabras que las hacen funcionar con una fuerza mayor de lo que podemos suponer". El tiempo, que todo lo amengua y destruye, ha sido respetuoso ante ese don exaltador del ser humano, y mientras todo avanza y sufre mutaciones o desaparece, el poder del pensamiento y la capacidad de la dicción, se mantienen inalterables, de modo tal, que aun hoy, en plena era revolucionaria y preso el mundo de ansias de libertad, sólo las palabras pueden actuar como una fuerza conservadora en nuestras vidas, tanto, que el plano conceptual en que actuamos limita las actividades intelectuales del hombre.

Dotado el individuo de este poder, ha hecho variada su manifestación, y une al lenguaje hablado, la visualidad del gesto silencioso, y de aquel don inestimable, usa o la forma comunicativa entre sus semejantes exigiendo por lo menos la concurrencia de dos sujetos, o la forma expresiva, haciendo de las diversas manifestaciones del Arte, un vehículo de sus mudas concepciones, y ya en la estatua o en la caricatura deja la significación de la palabra. Así como hace de la línea una forma sugerente del lenguaje, toma también el verso para hacer de él un instrumento comunicativo de sus fantásticas concepciones; y como la característica del lenguaje es que no está circunscripto única y exclusivamente a la forma hablada, explica y sintetiza su pensar por las expresiones faciales, por cualquier acción mímica, la habilidad del gesto, los códigos telegráficos, toda clase de claves

y las señas de los sordomudos; todo lo cual es una forma del simbolismo en el lenguaje. ¡Qué asombroso ejemplo de esta facultad mímica de expresión fué el incomparable artista del cine, L. Chaney! Hijo de padres sordomudos, su niñez fué una constante adaptación a ellos, hasta llegar a convertirse en un hábil creador de la palabra en el gesto o en cualquiera otra manifestación de su semblante que equivaliese al vocablo no articulado. El doloroso proceso de su existencia conviviendo con sus seres más queridos en un estado que le requería los más hondos y trágicos esfuerzos por ser comprendido, lo llevó a la cima de la gloria, encarnando el tipo artístico por excelencia para realizar toda expresión silenciosa que tuviera, sin embargo, la fuerza de la palabra hablada.

Las cuestiones acerca de si el origen de las palabras es natural o convencional, fueron discutidas por los griegos y romanos, y no merecen citarse, por lo conocidas, las opiniones de Demócrito, Epicuro, Platón en su "Crátilo" y los estoicos. Del maestro de Aristóteles recordaremos que aceptaba cierta correspondencia entre el sonido y el significado de las palabras, adoleciendo su criterio de cierta exageración del simbolismo fonético, debido indudablemente a lo incipiente del estudio de la Etimología entonces. Cuando la designación no se basaba en el sonido, se buscaba alguna otra condición, como en el vocablo "urbem" (ciudad), por su analogía con "orbe" (mundo), relacionando la idea de contenido y forma. En todo tiempo ha existido una fuerte tendencia sobre el poder de las palabras hacia las cosas, y por medio de expresiones demóticas o aseveraciones de la sociedad culta, los simbolismos han determinado mucho en la conducta del individuo. Basta recordar la significación atribuída a los exorcismos, las manifestaciones supersticiosas en cuanto a ciertos vocablos, lo sentencioso en los proverbios y lo atemorizante de las maldiciones y blasfemias, para que se demuestre

esa magia latente en todas las centurias, muy significada en las lenguas primitivas y que llegó a su apogeo en la edad media, cuando el vulgo ligaba tanto el nombre con la cosa misma. En la literatura temprana de Alemania se encuentran fórmulas mágicas caracterizadas por un vocabulario intensamente emocional. Todo ese arrastre se basa en experiencias psicológicas y sienta la teoría de que el nombre permanece ligado al objeto que designa. Hay que descartar esa infundada creencia de considerar las palabras como elementos adherentes con una fijación directa para con el objeto determinado.

Evidentemente contraria a tales teorías es la verdad científica que hoy se proclama, la cual sustenta que entre el nombre, es decir, el símbolo y el objeto subsiste una relación de conveniencia; existiendo una sola excepción, la de la palabra onomatopéyica, símbolo con ciertas semejanzas de su objeto, porque esta relación directa de la onomatopeya entre el símbolo y la cosa significada, es debida a la contextura fonética del vocablo que representa el acto o elemento al cual se refiere.

Las palabras sólo pueden emplearse como símbolos cuando se usan como medios de expresión directa del pensamiento y sólo en el terreno de esta relación es que está indicado su uso dentro del simbolismo.

El conjunto estructural del símbolo se basa en la imagen que la mente pueda representarse, teniendo en cuenta que el pensamiento la crea con anterioridad a su expresión lingüística, y cuyo vigor depende de la viveza que haya impregnado la recepción auditiva.

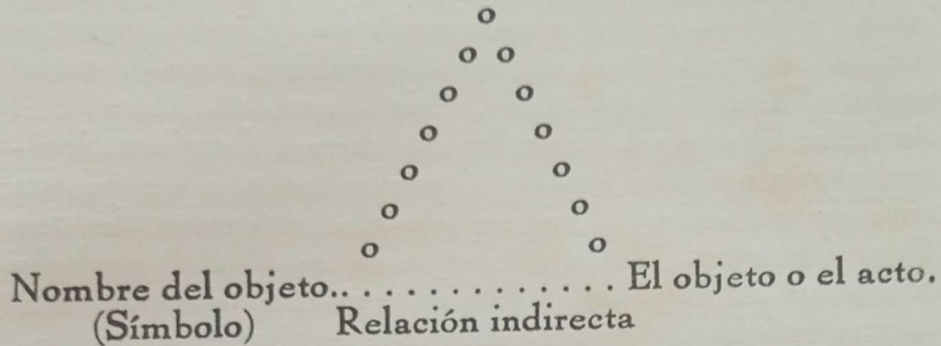
El proceso es el siguiente: el discernimiento de sonidos escuchados es el punto de apoyo del factor auditivo; inmediatamente se reconocen las palabras y queda comprendido el conjunto. En esta formación del símbolo concurren, además del factor auditivo, el

vocal, y de una manera muy influyente, la sociedad, que presta al símbolo características sociales.

Aceptando el criterio de los lingüistas Ogden y Richards, tomaremos como símbolo el nombre de un objeto:

PROCESO MENTAL

(Vértice de referencia)



Este triángulo no es, en realidad, la única jurisdicción de la función simbólica; pero es la gráfica que facilita su explicación. En él aparecen relacionadas las cosas, el pensamiento y las palabras. El vértice del triángulo representa el nexo existente entre el símbolo (la palabra hablada) y el objeto que significa, lo que constituye el proceso mental verificado y que es una agrupación de experiencias psicológicas. Esa imagen que se convierte en la expresión hablada (símbolo), según el profesor Vendryes, presenta dos fases: una que dirige su mirada hacia las profundidades del pensamiento, y la otra que refleja el mecanismo del sonido. Este dualismo, según dicho autor, ofrece márgenes de investigaciones que llegan a ser muy interesantes, así para el lingüista como para el psicólogo. En la base del triángulo se indica la relación indirecta, absolutamente convencional, entre la palabra o nombre y la cosa o

acto, donde se comprueba que se rechaza de plano la teoría de los antiguos.

El símbolo puede ser simple o complejo. Será simple cuando enunciado el nombre, despierta una serie de imágenes de la misma especie, como la palabra "automóvil", cuya recepción fónica crea mentalmente una variedad de tipos con circunstancias diversas de un mismo género; pero si tomamos del idioma que más lo facilita, del inglés, el vocablo "nail" (clavo), se aviva una gama de imágenes que se refiere a cosas; más la misma palabra usada como verbo ("I nail, you nail", "yo clavo, tú clavas), el símbolo, al sugerir la acción de clavar, despierta imágenes que denotan acción, y por lo tanto, a un mismo símbolo se debe la sugerencia de imágenes de dos tipos distintos. Este último caso es el del símbolo complejo, cuya complejidad se aumenta siempre con la multiplicidad de caracteres del motivo que lo crea, o sea el proceso mental a que se debe. Hay símbolos abstractos y concretos. Estos últimos están comprendidos en vocablos como "nail", que dan la imagen de algo absolutamente material. Aquéllos, en voces como "trabajar", avivan ideas que representan las distintas maneras de realizar la obra, ya sea en sus formas intangibles, como cuando se trabaja mentalmente, o de los muchos modos en que puede realizarse.

La función del sonido en la mente se verifica fusionándose primero con experiencias que se han vivido, ya se trate de una imagen visual o de cualquier relación antes de ser vocalizada. Tal elemento de la experiencia dota la palabra de contenido. El signo o el símbolo predominan en esa función del cerebro que antecede al lenguaje hablado, y que, como un resultado de las relaciones entre el objeto y su signo o símbolo, colocamos en el vértice del triángulo.

Los vocablos, que son la instrumentalidad del pensamiento, constituyen los símbolos, y el valor semán-

tico de las palabras evidencia la configuración social de los pueblos por medio de su funcionamiento lingüístico. Se requiere, pues, para conocer el simbolismo profundamente, que se llegue a un conocimiento de la cultura humana. El valor simbólico de las palabras está muy restringido en las lenguas primitivas, debido a que la mayor cantidad de emotividad excluye el símbolo, que sólo florece con exuberancia en los jardines embellecidos del intelecto humano. En esas lenguas el contenido semántico del vocablo está concentrado en el contexto, lo que obliga a excluir los campos lingüísticos e invadir los planos de la Sociología y la Moral para llegar a comprender la organización social de un pueblo, sus idealismos, etc., y entonces poder interpretar debidamente su lenguaje. No debe olvidarse que los habitantes de regiones cultas tienen menos necesidad del contexto que los atrasados. La razón está en que la cultura facilita el acomodamiento a las condiciones lingüísticas, valiéndose del razonamiento oportuno. Los símbolos, delineados por el proceso mental, reciben el aporte de las características personales del individuo, a la vez que tienen las resultantes del grupo social que influye en el simbolismo.

Según el profesor Sapir, de la Universidad de Yale, "la expresión hablada es un conjunto de modalidades de articulación que tiene valor simbólico"; de aquí que, al considerar lo que significa el contenido de un símbolo, deba tenerse en cuenta que son los factores psicológicos lo que lo determinan, y no lo que sólo pueda estimarse como una simple emisión de sonidos vocálicos. La esencia del lenguaje, lo medular en él estriba en que los objetos y actos designados, que son los elementos de la experiencia, se determinan por una atribución o adjudicación de sonidos articulados puramente convencionales. Conviene la claridad de un ejemplo: sea la palabra "libro". Para que se le considere como un hecho lin-

güístico es necesario que a la imagen de "un libro" se asocien, además del fenómeno fonético producto de vocales y consonantes, el proceso de la mecánica de los órganos de articulación, más la percepción debida a la visión de la palabra escrita. Si se separan estos factores concurrentes, elementos indispensables en su asociación para producirlo, no sería nunca un elemento lingüístico; porque los componentes del lenguaje, es decir, los símbolos, exigen la conjunción de un gran número de experiencias a fin de facilitar la comunicación dentro de la clase que comprende el grupo social, puesto que si el símbolo estuviese conectado a escasas experiencias, aparecería desconocido para dicho grupo. Por eso, cuando se lanza a la circulación una palabra nueva, carece de movimiento y comprensión dentro de determinadas esferas sociales, hasta que vaya adquiriendo significación por las experiencias con las cuales se asocia.

Habiendo expresado anteriormente que por lenguaje no debe considerarse únicamente al hablado, llega el momento de conocer dentro del lenguaje simbólico lingüístico, lo que significa signo, el cual, desde el punto de vista psicológico, es más sencillo que el símbolo. El proceso mental es una interpretación de signos, cuya reacción se vincula a experiencias preteritas que presentan una similitud de circunstancias. La relación del signo con lo que significa no requiere una semejanza absoluta: basta que el objeto en cuestión estimule la misma experiencia psicológica en una analogía de circunstancias. Con la mención de una señal muy conocida ejemplificaremos la precedente aseveración: la luz roja que se coloca en las vías férreas para indicar peligro, no tiene otro mensaje, ninguna otra significación en cualquier otro sitio en que se le coloque, ya sea en un buque, en un automóvil, entre ruinas o en cualquier otro lugar. Su contenido será siempre avisar sobre el cuidado o precaución que deba tomarse. Podrá variar de lugar; pero siem-

pre su lenguaje se mantendrá dentro de la expresión que convencionalmente se le ha asignado. Entre el signo y el símbolo, aquel tiene la precedencia en el proceso mental, lo que se explica porque el signo está ligado por una relación de mayor semejanza con lo que significa, y por lo tanto no hay en él tanta convencionalidad como en el símbolo. Ciertamente es que en cuanto a intensidad de significado, todo signo es un símbolo; pero no debe olvidarse que son distintos como si entre ambos existieran grados distanciales de perspectiva mental. Una cualidad del signo es la de ser intransferible, comprendiendo un solo tipo de experiencias, como demostramos al citar la luz roja que se coloca junto a las paralelas del ferrocarril para anunciar peligro, que tiene, aunque varíe en circunstancias de lugar, la más absoluta inmutabilidad de significado.

La relación del signo con su contexto psicológico es la siguiente: primero, el signo; segundo, su relación de lugar; tercero, la interpretación que se hace de los dos factores que anteceden. Es preciso volver, aunque no deseamos cansar con la ejemplificación, a la función de la luz roja, que motiva, hasta llegar al contexto psicológico, toda esa sucesión de fenómenos que acaban de citarse.

Después de todo lo expuesto, precisemos cuál es la diferencia entre signo y símbolo. El primero es un contenido menor de experiencias porque su relación con la situación en que se encuentra es más sencilla y directa, de tal manera, que si un signo varía mil veces de circunstancias de lugar o tiempo, siempre expresará lo mismo, es decir, está caracterizado por una monosignificación dentro de situaciones semejantes. El símbolo, por el contrario, con su valor privativo de sustitución, tiene un poder unificativo que enlaza o establece cierta convergencia entre imágenes variadas. Citemos el símbolo más bello de los pueblos: la bandera. Es un símbolo que susti-

tuye la Patria. En todo sitio donde se encuentre dicho emblema, establece una relación no sólo de situación geográfica, sino que también lleva un mensaje en sus colores y otros convencionalismos que declaran su país de origen, además de todos los conceptos de emotividad sobre patriotismo, los héroes nacionales, las luchas y victorias patrias que hace evocar, unido al tierno recuerdo del hogar y la familia. Se ve, pues, como el símbolo, a diferencia del signo, tiene esa facultad de unificación dentro de un campo de variadas concepciones con nexos de relación.

El poder simbólico de un idioma nos conduce a la región de las metáforas, donde se dan a conocer las variaciones más hermosas del simbolismo. La expresión tan conocida "es un don Juan" para designar al hombre enamorado y tornadizo en cuestión de amores constituye un simbolismo, aunque no es perfecto; y esta imperfección es debida a que sólo establece una relación de semejanza atribuyendo a determinado individuo los atributos que caracterizaban a Don Juan. Se trata, pues, de una simple comparación entre dos tipos de igual rango. Por el contrario, la frase "es un yunque" para designar a un sujeto vigoroso, expresa un simbolismo perfecto, porque dicha expresión "sustituye" la idea del hombre fuerte que puede resistir grandes y continuas tareas. El yunque no tiene relación alguna de especie con un sér humano, en ningún sentido puede existir entre ambos semejanza de atributos, y al designarse al hombre como un yunque, queda hecha la sustitución.

La fuerza de la sonoridad fonética hace surgir simbolismos tan claros y bellos como las palabras, lo cual se determina por el valor de las vocales y consonantes, que estimulan distintas reacciones que pueden ser más o menos reales según el individuo; por ejemplo, la "i" es una vocal cerrada, delantera, que da idea de estrechez; la "a", de expansión y anchura; la "o", de profundidad o vacío. El poder sugerente

de las consonantes puede notarse en la "l", consonante líquida, que implica suavidad, movimiento de aguas; la "r", sugiere aspereza, la "d" y la "t", tropiezo, etc. No queremos afirmar que estos valores sean absolutamente fijos, pues dependen de la combinación que se verifique y de otros factores más.

A continuación puede verse un ejemplar de la clase de experimentos sobre la fuerza fonética de los sonidos que, al realizar investigaciones, hemos verificado en los laboratorios lingüísticos de Universidades extranjeras. Se toma al sujeto que ha de servir para la prueba, y sin que conozca el propósito que sigue el investigador, se pronuncian ante él las articulaciones, y se le pide que manifieste cuáles son las imágenes que le despierta el sonido que acaba de escuchar. En algunos individuos se da el caso de que su hipersensibilidad es tan marcada, que después de quince minutos de interrogaciones sobre pruebas distintas, repite las mismas imágenes al producirse de nuevo el primer sonido que se le hizo escuchar. El lector puede observar la variación de significado que adquiere la sílaba según la mayor o menor amplitud de la vocal usada.

*Combinación
fonética*

Reacción

Rila	Arroyito poco profundo.
Rela	Arroyo más profundo que corre suavemente.
Rala	Río ancho que se desliza con suavidad.
Rira	Arroyito que corre sobre lecho pedregoso.
Rera	
Rara	Corrientes de agua más extensas que encuentran obstáculos en su curso.

Larra	Mar abierto con oleadas.
Lorra	Mar profundo, marejada fuerte.
Lurra	El viento se intensifica.
Lirra	Marejada con viento silbante.
Lera	El viento se atenúa.

Aunque en este trabajo no podemos entrar en detalles de carácter gramatical, para no afectar su extensión, nos referiremos rápidamente a la mutabilidad de significación que se opera en la radical como ocurre en el griego, el alemán, etc., por los cambios internos de reduplicación y variaciones de vocales y consonantes. Todas estas mutaciones se incluyen dentro del simbolismo por su manera de afectar la radical. Entran también dentro de las funciones simbólicas, las terminaciones del plural, especialmente las palabras inglesas que toman "en" para expresar dicho número de una manera irregular. Los fenómenos de pluralidad pueden presentar casos de fusión simbólica cuando el accidente numeral se manifiesta, como en inglés, con las dicciones "feet, geese".

En los estudios que hemos hecho en la Universidad de Chicago sobre los dialectos bantúes del Africa Central, hemos podido comprobar que el prefijo es un órgano simbólico de un valor muy determinado en las relaciones de la sintaxis, lo cual puede verse en los siguientes casos del dialecto chewa, del grupo bantú:

	<i>Singular</i>	<i>Plural</i>	<i>Diminutivo singular</i>	<i>Diminutivo plural</i>
Silla	mpando . . .	mipando . . .	kampando . . .	tumipando . . .
Criatura . . .	mwana . . .	bana	kamoana . . .	tuwana . . .

Se recordará que en la lengua china un mismo monosílabo tendrá tantos significados distintos, según varíe el tono con que se pronuncie, y esta entonación

se caracteriza por su valor simbólico. Según Doke, autor de la obra titulada "Fonética del zulú", existen nueve entonaciones distintas en dicha lengua africana y tienen una función simbólica, como la poseen las de los dialectos bantúes.

Como las lenguas primitivas carecen de literatura, ofrecen con esto una gran ventaja, porque su estudio se hace tomando las palabras en su estado de infancia.

Teniendo en cuenta que el simbolismo selecciona las voces con el fin de producir ideas claras, se comprenderá toda su importancia dentro de la literatura, en la que viene a ser un instrumento exponente de las normas estéticas que conducen a la elegancia y belleza características del estilo ático. Como el nexo entre el mundo exterior y nosotros, desde el punto de vista puramente lingüístico, es la percepción de los sonidos hablados que después del proceso intelectual se ven sustituidos por los símbolos gráficos, puede considerarse que todo escritor usa de la simbología lingüística con el objeto de revestir de propiedad la expresión de su pensamiento.

Para mantenernos dentro de la brevedad exigida al tratar someramente un asunto que encierra una novedad científica en una fase que no hace mucho se le estudia bajo aspectos nuevos y muy discutidos, aunque desde siglos su génesis preocupó a los filósofos, no nos excedemos, a fin de no cansar, y dejamos de exponer toda referencia a los cánones del simbolismo.

Iniciada la investigación en este aspecto del lenguaje, alborea ya el día en que la sugestividad de este tema ofrezca a todos los interesados un caudal de experiencias que venga a exornar la estela dejada por los precursores y que ha señalado brillantemente el sendero que siguen los modernos autores.

ALICIA Mc CARTHY